

LOS ÚLTIMOS DÍAS DE EMILIANO ZAPATA*

Sr. Tito Maldonado Mastache

Arqlo. Rubén Maldonado Cárdenas

CENTRO INAH YUCATÁN



Acción de la empresa Manuel M. Conde S. A. propietaria de La Trinidad. Museo Textil La Trinidad.

En los primeros meses de 1919, cuando los carrancistas perseguían más tenazmente a los zapatistas, Emiliano Zapata tomó el rumbo de los volcanes en compañía del general Gildardo Magaña y otros jefes de su confianza. Debido a eso, Gregoria Zúñiga —a quién llamaban Goyita— última compañera de Zapata, ya no pudo seguirlo a las montañas. La persecución era particularmente persistente por parte de Victoriano Bárcenas (ex general zapatista que se pasó al lado de Carranza). Goyita en compañía de sus padres Manuel Zúñiga y Julia Vázquez Benítez, su hija mayor y una hermana de Zapata, buscaron la forma de llegar a Tepalcingo, Mor., donde ella tenía algunos familiares. Amparados por la oscuridad de la noche llegaron al lugar mencionado y se hospedaron en la casa de una persona conocida y amiga del general Zapata.

Pasado un tiempo, cierta mañana, alguien trajo la noticia de que Victoriano Bárcenas buscaba con insistencia el paradero de Goyita, pero de momento no dieron importancia a la noticia. Más tarde se escuchó un tropel de caballos y Goyita alcanzó a mirar que su mamá venía por la calle y casi la alcanzaban los de a caballo. Goyita tomó precipitadamente unas prendas de vestir que eran del "jefe" (como llamaba ella a Zapata), una bolsa que contenía algunas monedas de oro y plata y unas cuantas alhajas, no alcanzando a recoger unas peinetas de oro que quedaron sobre la mesa. Atravesando sitios, brincando cercas de alambre y piedra, Goyita logró ponerse fuera del alcance de los que llegaron a la casa.

Victorino Bárcenas alcanzó a Julia Vázquez, madre de Goyita y entabló el siguiente diálogo:

- Señora ¿cómo se llama usted?
—Julia Vázquez Benítez—contestó ella.
—¿Y de dónde es usted?
—Soy de aquí, pero vivo en Ixtlilco.
—¿Y qué vino hacer acá?—preguntó nuevamente.
—Señor, vine porque recibimos noticias de que debíamos concentrarnos en el pueblo y he venido a buscar alojamiento.
Así es—confirmó Bárcenas—todos los de las rancherías tienen que venir aquí.

En esta conversación estaban cuando llegó hasta ellos el general Margarito Ocampo, lugarteniente de Bárcenas y dirigiéndose a la señora la saludó por su nombre. Al escuchar esto, Victorino montó en cólera y habló a Ocampo:

- ¿Tú conoces a esta señora?
—¡Cómo no la voy a conocer!—dijo Ocampo—¡Si es la suegra del general Zapata!
—¡Ah!—exclamó Bárcenas— Con que me engañaba usted.
—Señor, ¿cómo no lo voy a tratar de engañar—contestó ella— si los hombres que son hombres llegan a mentir, por que no lo voy a hacer yo que soy una miserable mujer?
—Pues a usted vengo buscando—afirmó Bárcenas— Dígame, dónde está su hija, esa mentada Goyita, la dueña de las barras de oro y plata y del dinero que ha robado el bandido de su marido.
—Señor, hace tiempo que no sé de ella—contesta la afligida madre.

Al oír esto, Bárcenas sacó las prendas que Goyita había dejado sobre la mesa y mostrándolas preguntó nuevamente:

- ¿Conoce usted estas alhajas?



Etiqueta para la tela Tehuana, de la compañía Industrias Mexicanas, elaborada en La Trinidad. Museo Textil La Trinidad.

CABEZA de INDIO



Cal. Col. Mtrs.
MARCA REGISTRADA
Manuel M Conde S. A.
FABRICAS "LA TRINIDAD" Y "LOS ANGELES"
Pueblo, Pue.
HECHO EN MEXICO.

—Sí señor, las conozco, son de mi hija.
—Entonces, cómo me dice que no está, cuando las he avanzado aquí donde ella vive—insistió él.

Hubo una pausa y Victorino tomó nuevamente la palabra:

—Dígale a la Goyita que deje a ese bandido de Zapata, que ya no lo ande siguiendo porque sus días están contados y no tarda en caer en mis manos. Le doy un plazo de ocho días a partir de hoy para que me presente a su hija en casa de Juana Marquina. Espero que para esa fecha ya la haya encontrado para que yo hable con ella.

Ya sin amenazas, se despidió de ella y se retiró del lugar.

Como no se sabía nada del general Zapata y en vista de la persecución de que era víctima la mujer del "jefe", ésta salió del pueblo y se fue a vivir un poco retirado, donde sufría por la falta de alimento y otras cosas que le eran tan necesarias. Un buen día llegó a ver a Goyita un compadre y le dijo:

—Comadre, vengo por ustedes y las voy a llevar a mi casa, ya ve usted que yo vivo en la orilla del pueblo y ahí nadie se dará cuenta de su presencia.

La mujer del "jefe" aceptó la propuesta del compadre y con su familia se trasladó a la casa que se le brindaba. En dicho lugar, no salía al patio de la casa más que para hacer sus necesidades fisiológicas; el agua para que se bañara la introducían sus familiares en recipientes.

Se aproximaba la Semana Santa y era la víspera del Viernes de Dolores. Goyita no queriendo perder la costumbre de guardar la vigilia mandó a una de las muchachas que la acompañaban a la plaza para comprar lo que se iba a comer, le dio el dinero y la enviada se alejó de la casa. Su padre había salido a la calle.

Pasado un buen rato se escuchó el toque de un clarín. Al oírlo Goyita pensó en su perseguidor, Victorino Bárcenas, y dijo a su comadre:

—¡Comadre! Fijese que hoy se me ocurrió mandar a la muchacha a la plaza y ya está llegando el gobierno, no aparece tampoco mi papá y puede pasar algo.

La inquietud hizo que Goyita se asomara al exterior y como la casa estaba situada en una parte alta desde donde se dominaba la calle y el centro de la plaza, se dio cuenta que mucha gente se aglomeraba y vio, entonces, una figura familiar que venía jalando un caballo prieto. El corazón le latió más aceleradamente. En ese instante, la muchacha que había enviado a la plaza entró intempestivamente y clamó:

—¡Ándele Goyita! A ver como le hace porque Victorino ya la anda buscando.

—¡Jesús!—exclamó Goyita asustada—¿Y ahora que hacemos comadre?

—No se crea, no se asuste, que es su marido el que lle-

gó—rectificó la muchacha.

—¿Quién? ¿el jefe?—preguntó Goyita, pasando del susto a la alegría y transformando su semblante.

—¡Sí Goyita! ¡El general!

—Hay que apurarse para hacer la comida—dijo Goyita—seguro que el "jefe" va a venir a comer con nosotros.

El grupo de mujeres prosiguió sus labores domésticas.

Lo primero que Zapata hizo al llegar al pueblo fue mandar traer a Eutiquio Pérez—esposo de la prima de Goyita— y al ayudante municipal Leobardo Flores. Ya en su presencia los increpó:

—He sabido que ustedes trataron de entregar a mi familia a manos de Victoriano Bárcenas; por suerte no les sucedió nada y no fueron ultrajadas. Si algo hubiera acontecido, con medio pueblo me pagarían tal ofensa, pues al mandarlas a este lugar lo hice porque sabía que venían a estar entre gente conocida, con amigos y no entre gente chismosa y traidora. De todos modos, los voy a mandar fusilar.

La situación no pasó a más, pues se pusieron en movimiento algunos amigos y conocidos del general e incluso el papá de Goyita intervino para que el "jefe" depusiera su actitud.

—Dígame—dijo Zapata a su pariente político— ¿Dónde está la "China"? (así llamaba Zapata a Goyita cariñosamente).

—Jefe... está con la demás familia en una casa del pueblo, todos están bien—contestó el padre.

—Bueno, ya sé que alguien de aquí los ha denunciado con los carrancistas

—insistió Zapata.

—Jefe...tal vez, pero nada ha sucedido—dijo don Manuel.

—Llévame donde está—ordenó Zapata.

Momentos después el jefe, montado en su caballo y sin ningún acompañante llegó hasta el sitio donde se encontraba la mujer amada, la que al verlo, salió a su encuentro tal como hacía en ocasiones anteriores. Todo fue uno, se vieron y se acercaron.

—¡Hope chinaca!—exclamó Zapata con la cara llena de gusto y dándole un apretón—¿Cómo está la niña? (La hija de Zapata y de Goyita).

—Está bien—contestó la mujer.

—¿Y la demás familia?

—Todos están bien—afirmó Goyita—sólo con los frecuentes sustos que recibimos y sin saber de ti.

Entraron a la choza que carecía de sillas y Zapata cansado, se sentó en la rudimentaria cama y atrajo a su lado a la mujer querida, reiniciando el diálogo festivamente.

—¡Oye!...¡Sí, estás gorda!

—¡Sí!—contestó la mujer también en tono festivo—¿Pues crearás que no como?

—Ve donde está mi caballo—ordena el jefe—Al lado de montar, en la cantina de la silla, está un paquete de puros y en la cabeza de la silla, al lado derecho, un morral colgado: te traes todo.

Goyita hizo lo que Zapata le ordenó, en tanto el jefe pedía a la comadre un vaso lleno de agua y un pedazo de azúcar, que la aludida proporcionó con diligencia. Vuelta la mujer requerida se sentó junto a Zapata y éste, tomando el morral con las dos manos, vació sobre la cama el contenido que consistía en monedas de plata.

—Quiero dejarte este dinero para que te ayudes—siguió Zapata—quiero que nada te haga falta; puedes comprarte unos vestidos para que estrenes en la Semana Santa o cuando que tú creas conveniente.

—No, contestó la cónyuge—Llévatelo tú, que lo necesitas más que yo. ¡Buena falta te podrá hacer! Yo tengo todavía los \$200.00 que me mandaste con Bemabé Morán, además de \$1000.00 de los animales que ordenaste se vendieran. Así que llévate el dinero.

Zapata, dándole otro giro a la conversación comentó:

—Ya nuestra vida va a cambiar... ya pronto no andaremos escondiéndonos por el monte, porque las cosas van a tomar otro camino.

—¿Es verdad que has entrado en tratos con Guajardo?—inquirió la moza.

—Sí, es verdad.

Zapata movió la cabeza negando lo uno y lo otro:

—Si quieres desengañarte que todo es verdad manda a alguien al Mancornadero, donde acaba de ser fusilado un grupo de la gente de Bárcenas, entre los cuales estaba Margarito Ocampo que tanto perjuicio nos había buscado. Guajardo me prometió que me entregará a Victorino muy pronto—comentó el jefe.

—Debes ser más desconfiado—insistió ella. Zapata nada contestó y cambió nuevamente la conversación, ahora sobre los hijos de ambos. Mandó que viniera la niña. Mientras, la mujer aprovechó para preguntar por los suyos y por Nicolás (hijo del primer matrimonio de Zapata) que había crecido bajo su cuidado.

—Todos están bien—afirmó el jefe—y se

encuentran con el general Gildardo Magaña por el rumbo de los volcanes. Allí están más seguros.

Mientras este diálogo tenía lugar, el hombre acariciaba tiernamente el rostro de su hija:

—¡Mira nada más que grandota estás! ¡Cómo has crecido! o tal vez será porque ya hacia tiempo que no nos veíamos.

En ese momento, alguien tocó a la puerta y la mujer, instintivamente, hizo por asomarse para ver quien era. Zapata se puso de pie y le cerró el paso, como queriendo cubrirla con su cuerpo para que la persona que llegaba no la viera. Un enviado de Guajardo portaba una carta para el jefe. Volvieron al interior para leerla. La carta más o menos estaba redactada en los siguientes términos: "Mi general: he tratado de cumplir con las órdenes que me dio y sólo siento que Bárcenas se me hubiera escapado casi de las manos, pues por más lucha que le hice se me fue".

Al terminar de leer esto, Zapata se levantó y ahogó su furia en un grito.

—¡Hijos de...! ¿Esto no me lo esperaba!

—¡Ya ves como tratan de traicionarte?—insistió la mujer.

—Jefe, no se crea de estos hombres. Déjelos y retírese lejos, a otro lugar donde jamás lo vuelvan a ver—terció la comadre.

Zapata sólo se concretó a escuchar lo que las mujeres le dijeron, como si pensara.

—En este momento me voy hasta Tlaltizapán.

Mientras daba sus últimas recomendaciones entró su sobrino, Gil Muñoz Zapata, quién dirigiéndose al jefe habló:

—Tío, dice el coronel que le señale el lugar donde debe acuartelar con su gente.

—Llévalos al barrio de Guadalupe.

—Tío, dice el coronel que viene un poco enfermo de un dolor de estómago, del coraje que hizo por lo de Bárcenas.

Nada contestó Zapata. Gil picó con las espuelas a su caballo, dio media vuelta y se alejó al galope para llevar la orden del jefe. Enseguida el general se retiró también para reunirse con su gente.

—Volvió a la choza para que las mujeres le prepararan un remedio para que no le hiciera mal el coraje. Con el brebaje en un trasto, Zapata montó en su caballo y tomando con la mano libre la rienda del animal, se encaminó hacia donde estaba Guajardo. Una silueta de mujer se desprendió de la choza para seguir al hombre amado que se encaminaba solo al encuentro con el coronel. La luna comenzaba a alumbrar y la mujer protegida por las sombras de las casas y de los árboles, mezclándose a veces entre los soldados que caminaban por la calle o deslizándose a la orilla de las paredes de los sitios, trató de llegar hasta muy cerca del lugar de la entrevista. A Guajardo lo rodeaban un grupo de oficiales. A Zapata nadie. Zapata inició el diálogo.

—Mi coronel, aquí le traigo una medicina muy buena, porque me dijeron que estaba usted enfermo de un dolor en el estómago y aunque es casera, es la misma que me preparan cuando me encuentro igual.

—Mi general, le agradezco mucho—contestó Guajardo—pero ya estoy mejorando con la medicina que me envió un doctor. De todos modos, se lo agradezco. Muchas gracias.

Y para simular su mentira, alargó su brazo y con su mano extrajo de la silla una botella de cuyo contenido bebió. Rápidamente, cambió la plática y con cierta sonrisa sarcástica se dirigió a Zapata.

—General: ¿Recuerda aquella vez en Tlaltizapán, cuándo me hicieron tantas descargas a quemarropa y me les escapé...—volvió a hablar Guajardo—y cuándo le corté la comunicación telefónica con su cuartel general en Quilamula, lugar que ni siquiera conozco?

—Mi coronel, hay que doblar esa hoja—dijo Zapata. Yo me retiro y como no se quiso tomar la medicina que le traje, seguro por su desconfianza, lo iba invitar a cenar, pero ahora no lo hago.

—General, no es desconfianza—dice Guajardo—Yo no podré ir, pero alguno de mis oficiales, sí.

—Bueno, el que quiera ir que lo haga y el que no que ni lucha le haga—contestó Zapata.

Antes de que el jefe montara en su caballo, la mujer, que lo había escuchado todo, salió corriendo de aquel lugar en dirección a la choza, calculando llegar un poco antes que Zapata. Al llegar éste, ordenó a las mujeres que prepararan una cena para los oficiales de Guajardo, que al rato llegaron.

—Mi general ¿qué usted no va a cenar con nosotros?

—No, yo ya tomé algo más temprano— Y dirigiéndose a Goyita: No andes sirviendo la mesa, deja que lo hagan las muchachas.

Los oficiales salieron tan pronto terminaron de cenar. Zapata se acercó a Goyita y le dijo:

—Quiero que me esperes dentro de unos días en el lugar que te voy a decir, en compañía de la niña y de tu papá—.

Acercándose aún más, el jefe susurró al oído el lugar y la fecha de la cita, volviendo a alzar la voz prosiguió.

—Si lo crees conveniente manda a tu mamá con la niña y su hermana a Zacualpán, después que se vaya tu papá. De cualquier modo consúltalo con tu mamá si bien lo quiere y si no que lo disponga en otra forma—continuó el jefe—Si tu mamá se va primero y ve a nuestros hijos, que me los salude y les dé un abrazo de mi parte.

Después de otras recomendaciones, Zapata



metió mano a su bolsillo para consultar su reloj:

—Me voy, ya es noche, faltan quince minutos para las once.

Las mujeres trataron de disuadirlo de que no se fuera dado lo avanzado de la noche.

—Acuéstate a descansar un rato—insistió su compañera.

Zapata no accedió. Se despidió, montó en su caballo y se perdió en la noche, hacia la cita con su destino. En el pueblo, Goyita se quedó pensando en él y encomendándolo al santo de su devoción se quedó dormida.

Poco tiempo después, Goyita tratando de cumplir con una de las recomendaciones del jefe, en compañía de su niña y de su padre, se encontraba en el lugar acordado para la cita. Pasó una noche y el jefe no se presentó. Después de un día, la espera se hizo eterna. El hambre y la sed arrieron. No podían dejar el lugar de la cita, ya que el jefe de un momento a otro podía pasar. La mujer se dirigió a su padre:

—Papá, vamos a tomar agua siquiera a la barranca que ya no soporto la sed y también la niña.

—Hija, contestó—el agua está muy sucia y además hay que bajar hasta el fondo.

—Si tú quieres, vamos hasta la casa para ver qué sabemos—argumentó la mujer, pensando seriamente en abandonar el lugar.

Emprendieron el regreso de común acuerdo. Al llegar a la casa y antes de traspasar el tecoral de piedra, se dieron cuenta que alguien lloraba y que algo grave pasaba. La compañera de Zapata se acercó.

—¿Qué pasó?—preguntó angustiada.

Nadie contestó su pregunta.

—¿Por qué lloran? ¿Qué es lo que saben?



Nuevo silencio. Nuevas preguntas, hasta que alguien se atrevió a decirlo.

—¡Goyita! ¡El jefe ha muerto! ¡Lo mató Guajardo!

La mujer no acabó de escuchar la frase y cayó desmayada. Todo había terminado.

Pasados unos días, don Manuel Zúñiga llevó a la familia al Quebrantadero.

Corría la voz de que el muerto en Chinameca no había sido el jefe, sino otro que se parecía a él. La viuda se aferró a esta última esperanza. Montaba su caballo y en compañía del padre, iba al cerro por los lugares que el jefe había andado. Allá lo llamaba por su nombre a gritos hasta donde sus pulmones se lo permitían, pero todo era silencio en la montaña, en las cañadas y en los acantilados. Sólo el eco de su propia voz rompía el silencio. Así permaneció por mucho tiempo con la esperanza de que un buen día el jefe se apareciera.

La compañera de Zapata trató de saber todo y aprovechaba cuanta oportunidad tenía con amigos y conocidos. Un buen día se encontró con Pedro Rueda, que había sido caballerango del jefe y testigo presencial de la tragedia de Chinameca, él narró como había sido asesinado Emiliano Zapata:

—El General llegó a Chinameca, a buena hora del fatídico 10 de abril. Dejó la mayor parte de su gente en la “piedra encimada” y acompañado de unos cuantos entró al pequeño poblado. Frente al portón de la hacienda había una pequeña tienda y hacia ella se dirigió Zapata. Se apeó del “As de oros”, alazán de pata blanca que Guajardo le había obsequiado un día antes. Yo estaba montado en mi caballo bajo la sombra de un papayo y sostenía un caballo más con otro lazo. Al verme el jefe me reconoció y me dijo:

—¡Mira nada más como traes ese caballo,

por poco se muere! Llévalo a la barranca, lo metes al agua procurando que le cubra la hinchazón y los pescados harán la limpieza de tanto gusano que tiene.

Así lo hice y al regresar encontré todavía al General en el mismo lugar tomando una cerveza. Zapata volvió a preguntarme:

—¿Ya hiciste lo que te mandé?

—Sí jefe, llevé al caballo donde me dijo.

Era un poco tarde, ya que había transcurrido bastante tiempo. Al poco rato Zapata montó su caballo y seguido sólo de su asistente se dirigió al interior de la finca. Dentro se oyeron las voces de los soldados.

—¡Mira coronel, ya es hora!

—Zapata estaba a unos cuantos pasos del portón—continúa Pedro—y se escuchó la primera descarga. Sintiéndose herido de muerte el jefe todavía trató de domar la rienda del *As de oros* y pretendió desenfundar su pistola, dando vuelta. El peso del cuerpo hizo que lo aventara el caballo y cayó de lleno en el suelo.

Ninguno otro murió en la primera descarga que los soldados hicieron desde la azotea, pero Guajardo gritó a su vez.

—¡Qué no se vaya ese caballo! ¡He ganado con mi *As de oros*!

Pedro continuó,—inmediatamente salieron unos soldados y con sarapes cubrieron el cuerpo del jefe, mientras los carrancistas hacían fuego donde se encontraban los surianos, quienes poco a poco se fueron retirando del lugar—Yo como pude también escapé, ya que por poco me toca un balazo de los que hirieron a Zapata y que cayó cerca de mí. Los mismos zapatistas cogieron el “As de oros” y con la montura puesta llegaron con él a Tepalcingo. Pedro Rueda terminó su narración diciendo que ignoraba que había pasado después con Zapata.

Finalmente, Gregoria Zúñiga, la abnegada mujer suriana tuvo que aceptar la realidad. Días después trató de comunicarse con el General Gildardo Magaña, que substituía a Zapata como jefe de las fuerzas surianas y éste le envió unas cartas y unos periódicos donde quedaba muy clara la muerte de Zapata. También le decía que no tuviera pendiente de sus hijos, que él, recordando los cuidados que el jefe había tenido con ellos y las atenciones de ella para los que acompañaron siempre a Zapata, cuidaría que sus hijos fueran educados y que nada les hiciera falta.

Epílogo. En el Estado de Morelos, aún en nuestros, días perdura la leyenda de que Zapata nomurió en Chinameca y es claro el porqué; Zapata es ahora un símbolo vivo que late en las luchas por alcanzar la justicia social del pueblo morelense, más que un símbolo regional es un símbolo nacional, universal ya que donde quiera que se en-

cuente un campesino explotado, el ideal de Zapata podrá inspirarlo para luchar por lo que en justicia le corresponde, que es la posesión de la tierra por parte de quienes la trabajan.

*En este artículo se resumen algunas entrevistas que el señor Tito Maldonado Mastache le hiciera a la Sra. Gregoria Zúñiga Vázquez (ya extinta), mujer y última compañera de andanzas revolucionarias de Emiliano Zapata, de quien obtuvo el señor Maldonado el relato de los últimos días que precedieron a la muerte del Caudillo del Sur. En ese aspecto, radica el mérito de lo que se expone, ya que aporta un poco más de información sobre Zapata. Rubén Maldonado retomó los datos conservados entre los legajos de su padre a la muerte de éste, les dio forma dialogada y se publicaron en el suplemento cultural del *Novedades de Yucatán* del 17 de abril de 1988. Por considerar que esa primera publicación tuvo una difusión muy local y alejada del área donde se recopilaban los datos, se pensó que sería de utilidad su publicación en el Centro de México.